

La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet

Jeovanny Moisés Benavides

<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/4841>

Cita sugerida: Benavides, J. (2018). La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet.

*Question*, 1(60), e092. doi:<https://doi.org/10.24215/16696581e092>

Recibido: 13-07-2018 Aceptado: 07-09-2018

## La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet

The dictatorship in Chile: a narrative boarding to the regime of terror of Pinochet

Jeovanny Moisés Benavides jeovanny14@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-7606-2131>

Universidad Técnica de Manabí (Ecuador)

### Resumen

Durante décadas todo lo que atañe a la dictadura chilena fue un campo fértil para la literatura y el periodismo. Esta dictadura abarcó desde el 11 de septiembre de 1973 hasta el 11 de marzo de 1990. En el contexto periodístico-literario proponemos un recorrido que va desde las tramas para poner fin al gobierno de Salvador Allende hasta el establecimiento de la dictadura de Augusto Pinochet, que se caracterizó por la instauración de un régimen de terror y crueles atentados a los derechos humanos. Particularmente, la crónica periodística contemporánea se constituye en un relato que busca rescatar la memoria con herramientas propias del campo de la ficción literaria. De esta forma abordamos una crónica de García Márquez sobre las intrigas al gobierno de Allende. Además consideramos el asesinato de uno de los íconos de este proceso como fue el músico Víctor Jara, la crónica que analizamos fue escrita por Juan Cristóbal Peña. Finalmente, proponemos una crónica que relata el acercamiento con el dictador



Augusto Pinochet en el ocaso de su vida escrita por el estadounidense Jon Lee Anderson. Consideramos que los textos analizados brindan una perspectiva distinta para acercarnos y conocer la compleja realidad chilena de la época desde una mirada periodístico-literaria.

**Palabras clave:** Periodismo; literatura; dictadura chilena; crónica; perspectiva; contexto.

### **Abstract**

During decades everything what concerns the Chilean dictatorship was a fertile field for the literature, and the journalism. This dictatorship included from September 11, 1973 until March 11, 1990. In the journalistic - literary context we propose a tour that goes from the plots to put end to the government of Salvador Allende up to the restoration of the dictatorship of Augusto Pinochet, who was characterized by the restoration of a regime of terror and cruel attempts to the human rights. Particularly, the journalistic contemporary chronicle endows a statement that seeks to rescue the memory with own tools of the field of the literary fiction. Of this form we approach García Márquez's chronicle on the intrigues to the government of Allende. In addition we consider the murder of one of the icons of this process since he was the musician Víctor Jara, the chronicle that we analyze was written by Juan Christopher Peña. Finally, we propose a chronicle that reports the approximation with the dictator Augusto Pinochet in the west of his life written by the American Jon Lee Anderson. We think that the analyzed texts offer a different perspective to bring over and to know the complex Chilean reality of the epoch from a journalistic - literary look.

**Keywords:** Journalism; literatura; chilean dictatorship; chronic; perspective; context.

La crónica ofrece una reconstrucción periodístico-literaria de hechos o personajes. Su característica esencial es edificar un texto en que el empleo de procedimientos narrativos vaya acompañado por una rigurosidad investigativa sobre el tema a abordar. En este contexto, y bajo el prisma de este género, se analiza a continuación las huellas que ha dejado la dictadura chilena. A lo largo de este proceso han existido casos paradigmáticos y figuras que han puesto a este país en los ojos de todo el mundo. En el presente texto nos referiremos a las tramas que pusieron fin al gobierno de Salvador Allende, al asesinato del músico Víctor Jara y se ofrece análisis de la figura del dictador Augusto Pinochet hacia el fin de sus días.

“La crónica es la matriz de uno de los modos de contar la realidad social latinoamericana” (Falbo, 2007: 15). En este género los autores evitan mostrarse como los informantes ortodoxos del periodismo de noticias y aparentemente objetivos, que se apoyan en los hechos y que se



*Jeovanny Moisés Benavides. La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

abstienen de hacer juicios. Por el contrario, ellos imponen su rasgo personal, se permiten dejar su huella en las historias con el propósito de dotar de sentido una realidad tan disímil y compleja como la dictadura chilena. Por ello en este trabajo acudimos a los textos de tres cronistas: Gabriel García Márquez, Juan Cristóbal Peña y Jon Lee Anderson.

Pensar el periodismo como documento, como archivo, como rastro, como registro histórico, exige cuidados que están más allá de la idea de lidiar prioritariamente con la factualidad, con el tiempo presente, porque “entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de una necesidad transcultural” (Ricoeur, 1987: 78). En este sentido, la crónica marca la diferencia, porque debido a su naturaleza histórica pretende producir memoria en casos y procesos tan complejos como los vividos en una dictadura.

De acuerdo con ello, cuando se plantea este tema se lo hace con la convicción de que la crónica, revestida de periodismo literario, se configura en un relato histórico por medio del cual acontecimientos que han causado una profunda huella en la región, como la represión de la era pinochetista, son expuestos en la órbita del debate para emprender la búsqueda de reivindicaciones y justicia social. O, en su defecto, evitar el olvido y la impunidad. Tal es el caso de los textos que analizamos y que constituyen una perspectiva distinta de la dictadura chilena.

## **La dictadura en Chile**

La dictadura chilena fue una de las épocas más cruentas e injustas de la historia contemporánea latinoamericana. Este proceso, iniciado con el golpe de Estado que derrocó al gobierno del presidente Salvador Allende, instauró al Régimen Militar el 11 de septiembre de 1973 y se prolongó por cerca de 17 años. Augusto Pinochet, como comandante en jefe del Ejército, asumió como presidente de la Junta Militar de Gobierno y, posteriormente, el poder absoluto.

En este período se cometió un sinnúmero de violaciones a los derechos humanos. El reporte oficial indica que se registraron aproximadamente 28259 víctimas de prisión política y tortura, 2298 ejecutados y 1209 detenidos desaparecidos (Muñoz, 2010). A nivel político, el nuevo régimen se caracterizó por ser un modelo autoritario, establecido sobre principios emanados de la extrema derecha, tales como el anticomunismo, la prohibición legal de los partidos políticos, la limitación de la libertad de expresión, la disolución del Congreso Nacional y la carencia de democracia (Katz, 1998).



Todo ello propició que Chile experimentara durante este período una notoria transformación política, económica y social. La dictadura concretó una alianza militar tecnócrata y tuvo como proyecto político el establecimiento de un nuevo orden social sustentado en un régimen no democrático de gobierno, fuertemente autoritario y con gran capacidad de acción policial.

En lo estrictamente económico, significó un cambio radical de orientación del papel del Estado, de un rol productor e interventor a uno de tipo subsidiario, inspirado en las doctrinas económicas neoliberales. En lo social, significó el dominio sin contrapeso de los sectores empresariales, el aumento sostenido de la desigualdad de ingreso junto con un incremento en la precariedad e inestabilidad laboral de los sectores asalariados. Con ello este régimen pretendió vincular la violencia represiva sin precedentes con el liberalismo económico para “reestructurar la economía y la sociedad con el objeto de establecer un orden contrarrevolucionario y permanente, así como una vida política y social sin riesgos para el *status quo*” (Rouquié, 2011: 116).

Bajo el prisma de un mosaico de historias destacamos la manera en que la crónica periodística configura un relato histórico sobre este acontecimiento. En este sentido es preciso señalar que este género pretende configurar la realidad en base a una mixtura periodístico-literaria con la narrativa histórica. Por ello, el cronista apela a una reelaboración del pasado, a una configuración en la que tiene un pie en la invención y otro en los datos. Además, en este tipo de escritura prevalece la subjetividad “porque de una forma u otra en la crónica existe la relación entre lenguaje, la representación de la realidad, la escritura y la voz propia” (Hernández, 2013: 35). De esta forma se estructura un texto con consciencia y conocimiento estrictamente histórico para transmitir, conservar y enriquecer aquello que narra. A la luz de esta perspectiva analizamos la forma en que los autores Gabriel García Márquez, Juan Cristóbal Peña y Jon Lee Anderson han tratado la dictadura chilena a partir de la instauración de este régimen, el asesinato del cantautor Víctor Jara y del análisis de la figura de Augusto Pinochet. Empecemos, sin más dilaciones pues, con este recorrido desde una perspectiva periodístico-literaria al mundo de la dictadura chilena.

### **La conjura para acabar con el gobierno de Allende: la particular mirada de García Márquez sobre la dictadura chilena**

“Chile, el golpe y los gringos” es la crónica que Gabriel García Márquez escribió sobre el origen de la dictadura de Pinochet. Este escritor colombiano nació en 1927 en Aracataca, Colombia. Mundialmente se lo conoce por sus obras de ficción y, particularmente, por títulos como *Cien*



*años de soledad*. Sin embargo, antes de consolidarse en el mundo literario incursionó en el periodismo. Su interés por este oficio fue tal que en 1995 creó la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano que lleva su nombre y cuya sede está en Cartagena de Indias. Murió en abril de 2014 habiendo dejado un innumerable legado de artículos de prensa, reportajes, entrevistas y crónicas.

La faceta de reportero del Premio Nobel de Literatura colombiano fue siempre objeto de cuestionamientos. Se ha discutido sobre su veracidad, sobre la exactitud de los datos obtenidos. Simpatizante de la Revolución Cubana y amigo íntimo de Fidel Castro, su mirada se encuentra enmarcada desde el mismo título “Chile, el golpe y los gringos”. Este último es un adjetivo coloquial que alude al extranjero estadounidense.

Para aproximarnos a la lectura de la obra periodística de García Márquez es preciso tomar en consideración algunas observaciones. En primer lugar, el periodismo lo practicó en forma paralela a su obra de creación. En la ficción este escritor colombiano valoró el cuento como un género superior. De la misma forma habría que recordar fue un periodista que ejerció el oficio durante muchos años. En este sentido,

la heterodoxia de García Márquez es practicada en casi todos los géneros del periodismo y lo hace con un estilo personal inconfundible, que no sólo lo rescata del limbo multitudinario de la producción periodística, sino que infunde considerable optimismo a todo aquel que cree en la permanente renovación de los géneros como condición para la supervivencia del periodismo escrito (Sorela, 1988: 255).

En cuanto a la relación que mantuvo con Chile, es conocida su estrecha amistad con el poeta Pablo Neruda que era, en 1960 y 1970, un destacado miembro del Comité Central del Partido Comunista, fue precandidato a la presidencia de su país y embajador en Francia. Además García Márquez fue una de las figuras de la cultura que apareció en la franja publicitaria del No a Augusto Pinochet, en tiempos del plebiscito de 1988. Y fue uno de los invitados de honor a la asunción del mando de Patricio Aylwin, un año después, la única vez que visitó Chile. El círculo político-intelectual al que perteneció García Márquez definió su perspectiva autoral. Esta crónica es producto de este bagaje, de sus relaciones y profundas convicciones. Veamos cómo empieza, con un dato puntual y públicamente conocido:

A fines de 1969, tres generales del Pentágono cenaron con cuatro militares chilenos en una casa de los suburbios de Washington. El anfitrión era el entonces coronel Gerardo López Angulo, agregado aéreo de la misión militar de Chile en los Estados Unidos, y los invitados



Jeovanny Moisés Benavides. *La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

chilenos eran sus colegas de las otras armas. La cena era en honor del Director de la escuela de Aviación de Chile, general Toro Mazote, quien había llegado el día anterior para una visita de estudio. Los siete militares comieron ensalada de frutas y asado de ternera con guisantes, bebieron los vinos de corazón tibio de la remota patria del sur donde había pájaros luminosos en las playas mientras Washington naufragaba en la nieve, y hablaron en inglés del único que parecía interesar a los chilenos en aquellos tiempo: las elecciones presidenciales del próximo septiembre. A los postres, uno de los generales del Pentágono preguntó qué haría el ejército de Chile si el candidato de la izquierda Salvador Allende ganaba las elecciones. El general Toro Mazote contestó: “Nos tomaremos el palacio de la Moneda en media hora, aunque tengamos que incendiarlo” (García Márquez, 1974: 3).

Los compromisos e ideales de García Márquez están presentes en el transcurso de toda su obra. Mucho antes que en Estados Unidos se proclamara que se había creado una tendencia denominada Nuevo Periodismo (Wolfe, 1976) con escritos como los de Truman Capote y su ya célebre *A sangre fría*, publicada en 1965, García Márquez hibridaba técnicas novelísticas en su obra *Relato de un naufrago*, editado por primera vez en 1955. Estas técnicas de reconstrucción de la realidad para estructurar un relato histórico son las que emplea este autor. “Chile, el golpe y los gringos” es una muestra de ello.

Amante de los detalles, que considera como aspectos fundamentales en el relato, García Márquez se fija en uno de ellos para contar su historia. Sostiene que aquella cena histórica fue el primer contacto del Pentágono con oficiales de las cuatro armas chilenas. En otras reuniones sucesivas, tanto en Washington como en Santiago, se llegó al acuerdo final de que los militares chilenos más adictos al alma y a los intereses de los Estados Unidos se tomarían el poder en caso de que la Unidad Popular ganara las elecciones. Lo planearon como una simple operación de guerra, y sin tomar en cuenta las condiciones reales de Chile.

El estilo de escritura de García Márquez supuso un punto de inflexión en la forma de escribir del Nobel colombiano. En estos textos se evidencia la manera en que de un modo progresivo este autor empezó a “incorporar en sus reportajes periodísticos los procedimientos de escritura y composición que había aprendido en sus lecturas, fundamentalmente de los clásicos grecolatinos y del escritor norteamericano William Faulkner” (Limia, 2010: 29).

Los hallazgos estéticos y estilísticos alcanzados por García Márquez son rasgos recurrentes en su obra. Desde la perspectiva de Ayén (2014), la tendencia a la reconstrucción y a la profusión de detalles de García Márquez puede provenir de una doble característica: la del periodista riguroso que indaga las causas de los hechos que relata y la del escritor que profundiza en el mundo que describe, que se remonta al comienzo para comprender lo que sucedió después.



Jeovanny Moisés Benavides. *La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

En sus inicios como reportero en un medio tradicional, García Márquez se definía como un periodista comprometido, que rechaza todo tipo de abusos en el poder. Por ello su participación muy puntual y decisiva contra la dictadura chilena. Para lograr su propósito acude al empleo de diversos recursos poéticos que dotan a la narración de su historia de una fuerza incomparable y un estilo singular. Su periodismo divulgativo y de denuncia cala hondo en la intelectualidad y en los grupos políticos latinoamericanos. Este tipo de textos no tienen una vocación veridicente, sino fabulación explícita y deliberada, a veces en busca de una verdad esencial que trascienda la mera veracidad de los datos comprobables.

Por ello configura una verdad poética que sea capaz de resistir el paso del tiempo. La crónica se vale de todos los recursos narrativos de la novela para cumplir su función: expresar la calidad de la experiencia de individuos y situaciones reales en toda su complejidad (Chillón, 1999: 192).

García Márquez considera que lo más importante a la hora de realizar periodismo y contar historias es que sus crónicas sean verdaderas, pero no en el sentido de una verdad empírica y limitada, sino en el de una absoluta, no menos verdadera que las comprobables a través de los sentidos. Esto lo explica Vargas Llosa (1971) en su libro *Historia de un deicidio* en que analiza la obra del escritor colombiano:

Desde el punto de vista de las fuentes de un escritor, importa poco determinar la exactitud de estas anécdotas, las dosis de verdad y de mentira que contienen. Más importante que saber cómo ocurrieron esos hechos del pasado local es averiguar cómo sobrevivieron en la memoria colectiva y cómo los recibió y creyó (o reinventó) el propio escritor (Vargas Llosa, 1971: 74).

En este contexto, y para otorgar a su relato mayor dosis de veracidad, García Márquez apela a configurar un breve contexto histórico sobre la actuación de los militares chilenos en su país. Sostiene que si el ejército se sale de la legalidad, habrá un baño de sangre y que las fuerzas armadas de Chile han intervenido en la política cada vez que se han visto amenazados sus intereses de clase y lo han hecho con un tremenda ferocidad represiva. Las dos constituciones que había tenido Chile en un siglo fueron impuestas por las armas y el golpe militar era la sexta tentativa de los últimos cincuenta años.

El mérito de la narrativa del Premio Nobel de Literatura colombiano radica en que sus textos periodísticos “consiguen conjugar armónicamente las técnicas más ortodoxas y escrupulosas



de la crónica y del reportaje con los procedimientos de escritura de la novela realista” (Limia, 2010: 491). En este sentido, García Márquez en su faceta de escritor de no ficción utiliza recursos narrativos novelares, además de los consabidos y popularizados procedimientos de las clásicas novelas policíacas. Como autor es consciente que el cronista tiene la pretensión y misión de contar hechos verdaderos. La apariencia de verdad exige que el autor construya un narrador que tome pequeños trazos del mundo posible para hacerlo todo más creíble.

En este contexto, el relato periodístico literario garciamarquiano expone la realidad de manera simbólica, selectiva y articulada. De esta manera nos acerca a los testigos tanto como es posible hacerlo. En el texto analizado, el cronista ya no es más un observador imparcial, sino que asume con honestidad su parcialidad y posiciona su mirada particular en el relato. Su punto de vista es la manera que tiene de interpretar la realidad. Hay en García Márquez una construcción del espacio, de la mirada del autor, en el que cabe la posibilidad de dudar. Esa percepción particular es fundamental para evitar una observación distante y evasiva del hecho, porque “la pertenencia que surge del hecho de mirar lo mismo con el mismo enfoque no exige otro compromiso que el de la atención” (Bauman, 2004: 215).

En este sentido, la mirada y atención de Gabriel García Márquez está puesta sobre la muerte de Allende que contradice la versión oficial. Según este autor, la experiencia le enseñó a Allende demasiado tarde que no se puede cambiar un sistema desde el gobierno sino desde el poder. La crónica “Chile, el golpe y los gringos” señala que el presidente Allende resistió durante seis horas, con una metralleta que le había regalado Fidel Castro y que fue la primera arma de fuego que Salvador Allende disparó jamás. El periodista Augusto Olivares, que resistió a su lado hasta el final, fue herido varias veces y murió desangrándose en la Asistencia Pública. La historia oficial señala que el presidente Salvador Allende se suicidó. Mediante un relato pormenorizado de lo que pasó entonces, García Márquez contradice esa versión.

Hacia las cuatro de la tarde, el general de división Javier Palacios logró llegar al segundo piso, con su ayudante, el capitán Gallardo y un grupo de oficiales. Allí Salvador Allende los estaba esperando, estaba en mangas de camisa, sin corbata, y con la ropa sucia de sangre. Tenía la metralleta en la mano. Allende conocía bien al general Palacios. Pocos días antes, le había dicho a Augusto Olivares que aquel era un hombre peligroso que mantenía contactos estrechos con la Embajada de los Estados Unidos. Tan pronto como lo vio aparecer en la escalera, Allende le gritó: “Traidor” y lo hirió en una mano. Allende murió en un intercambio de disparos con esta patrulla (1974: 15).



Jeovanny Moisés Benavides. *La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

A continuación de relatar estas circunstancias, siempre controvertidas y nunca admitidas oficialmente, García Márquez configura su versión de los hechos y narra detalles escabrosos de lo que sucedió posteriormente como el hecho de que los oficiales, en un rito de casta, dispararon sobre el cuerpo. Por último, un suboficial le destrozó la cara con la culata del fusil. La foto existe: la hizo el fotógrafo Juan Enrique Lira, del periódico *El Mercurio*, el único a quien se permitió retratar el cadáver. Estaba tan desfigurado, que a la señora Hortensia Allende, su esposa, le mostraron el cuerpo en el ataúd, pero no permitieron que le descubriera la cara. Luego, los militares, con Pinochet a la cabeza, reescribirán la historia, su historia, en la que Allende se suicidó. Y no solo eso sino que estaba ebrio mientras portaba el arma que le regaló Fidel Castro antes de atreverse a disparar del gatillo.

El final de la crónica pretende generar reacción en los lectores. A su manera, García Márquez busca transmitir el sentimiento y convicción que tiene. Emplea la técnica de la descripción para referirse a Salvador Allende como un hombre que amaba la vida, las flores y los perros y era de una galantería un poco a la antigua, con esquelas perfumadas y encuentros furtivos. Su virtud mayor fue la consecuencia. Hay un ideal romántico en la forma de escribir de García Márquez, pero también en la forma de esperar justicia. Finalmente admite que:

el drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que nos sucedió sin remedio a todos los hombres de este tiempo y que se quedó en nuestras vidas para siempre (García Márquez, 1974: 16).

### **“La sangre de un poeta”: el asesinato de Víctor Jara, uno de los íconos de la dictadura chilena, desde la perspectiva de Juan Cristóbal Peña**

Juan Cristóbal Peña es un cronista, guionista y maestro de periodismo chileno. Nació en Santiago de Chile en 1969. Ha publicado los libros *La vida en llamas* (Planeta, 2002), *Los fusileros* (Debate, 2007) y la obra *La secreta vida literaria de Augusto Pinochet* (2013).

En *La sangre de un poeta*, Juan Cristóbal Peña recoge los testimonios de las últimas personas que vieron con vida a Víctor Jara. Este texto da cuenta de la vida del actor, compositor, cantante y bailarín más emblemático de la Unidad Popular y miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas de Chile. En paralelo se reconstruye el recuerdo de su hija, Amanda. Se trata de un trabajo que obtuvo el Premio Periodismo de Excelencia en 2004 y el *Grand Prize* Lorenzo Natali de la Unión Europea.



*Jeovanny Moisés Benavides. La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

Juan Cristóbal Peña realiza una exhaustiva tarea de reportería que incluyó la investigación de expedientes judiciales e informes de autopsias. El autor recrea los momentos cercanos a la muerte del cantante, intercalando sucesos, diálogos e impresiones de quienes observaron directamente los hechos. Esa historia, la del pasado, se intercala con la del presente, representada en las impresiones de Amanda Jara, su forma de vida, sus recuerdos, sus resquemores.

Publicado originalmente en la revista *Rolling Stone*, esta crónica logra informar pormenorizadamente sobre lo que sucedió (los procesos, las investigaciones, la autopsia, etcétera), pero además consigue cautivar emocionalmente al lector gracias a la cercanía con los personajes, a la dosificada inclusión de diálogos, a la recreación de escenas a partir de testimonios y a la estructura dramática.

Esta crónica basa la reconstrucción histórica en la configuración de escenas y diálogos. Los testimonios que se recogen dan cuenta de lo complejo de la realidad que se vivió en la dictadura de Augusto Pinochet. Se trata de un texto de información y reconstrucción. De esta forma se puede evidenciar cómo la crónica inaugura nuevos puntos de vista, porque en la escritura del cronista se aprecia la forma en que abre el control de la voz única del periodismo basado en fuentes autorizadas para “romper el silencio de personas, situaciones, espacios, normalmente condenados a la oscuridad del silencio porque este género ha traído una forma de registro en la que ha podido contarse una historia paralela que pone en crisis el discurso legítimo” (Lago y Callegaro, 2012: 15).

Para ello Juan Cristóbal Peña optó desde el comienzo por brindar datos de contexto con el objetivo de situar al lector en el texto que vendrá a continuación. Según Valenzuela (2003), la relación entre el movimiento de la nueva canción chilena, liderada por Jara, y la situación social y política de Chile alcanzó un momento cumbre durante el gobierno de la Unidad Popular (1970-73) porque los cantantes estaban convencidos de que un cambio en cuanto a la desigualdad sería posible bajo Allende y su partido político. Por eso apoyaron su campaña electoral y siguieron apoyándole durante su presidencia, durante la cual hubo un alto grado de politización de los textos de las canciones de Víctor Jara.

La forma con la que inicia el relato Juan Cristóbal Peña es poco convencional, pero genera un profundo impacto en el lector debido a su estilo. La acción de la siguiente escena se sitúa el miércoles 12 de septiembre de 1973, un día después del golpe de Estado perpetrado por los militares:

Avanzando a pasos cortos y apurados, atizada por culatazos, la fila de prisioneros se frenó en seco ante el grito del oficial:



*Jeovanny Moisés Benavides. La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

—¡A ese hijo de puta me lo traen para acá!

Parado a la entrada del Estadio Chile, el militar a cargo del comité de recepción de detenidos se encontró con la sorpresa. Víctor Jara, el cantante más renombrado de la Unidad Popular, venía en el grupo capturado la madrugada del 12 de septiembre en la Universidad Técnica del Estado (UTE). Hasta los soldados quedaron paralizados.

—¡A ése, mierda, a ése! —apuntó el oficial de rostro tiznado, casco y traje de campaña.

Por unos segundos, segundos en que el silencio se apoderó de una tarde que consumía sus últimas luces, al tenerlo frente a sus narices el rostro del militar se tornó levemente complaciente y burlón.

—Así es que tú eres el famoso cantante, ¿no? —preguntó sin esperar respuesta. Luego apretó los dientes y empezó a golpear.

Según recuerdan los testigos, el militar estaba fuera de sí; enardecido. Pateaba al cantante en el suelo y le sacaba en cara un incidente ocurrido en el colegio Saint George de Santiago. El asunto, dio a entender a viva voz, era personal: el hermano del oficial había sido uno de los alumnos que en 1969 intentaron agredir al cantante. Para entonces, algunas de las canciones de Jara tenían pólvora de denuncia y revolución: proclamaban un proyecto de gobierno popular que se aprestaba a conquistar el poder por las urnas. Cuatro años después, el gobierno de Salvador Allende era aplastado por un golpe militar, cuyas primeras consecuencias estaban a la vista de los prisioneros del Estadio Chile (Peña, 2007: 3).

La detención de Víctor Jara provocó, como puede apreciarse, profunda conmoción tanto en los detenidos como en los militares. Aún antes del golpe, la voz de este cantautor se alzó en contra de la estabilización del régimen democrático liderado por Salvador Allende. La detención de Jara en un estadio junto a miles de personas supuso el inicio de una atroz dictadura que dejó profundas huellas en la sociedad chilena.

Donoso (2013) asegura que esta época estuvo caracterizada por ser fuertemente autoritaria y represiva, pero con un proyecto neoliberal e implementó una serie de políticas culturales que fueron funcionales a sus objetivos: por un lado, mantener el férreo control de la creación artística y producción cultural, para eliminar en todo aspecto el marxismo y sus campos de influencia; y por otro lado, socializar y naturalizar el nuevo sistema político-económico-social basado en las normas del libre mercado, que determinó la minimización del Estado y con ello el abandono de todo tipo de intervención, fomento e incentivo estatal para el desarrollo cultural.

Uno de los rasgos distintivos de la crónica de Juan Cristóbal Peña es la inclusión del testimonio a manera de diálogo de la hija del cantautor y poeta asesinado. Este recurso, desde la perspectiva de Bobes (1992), puede ser considerado como una actividad sémica que crea sentido, está realizada por dos o más hablantes de forma interactiva y se ejecuta cara a cara



teniendo en cuenta un tema en común y un propósito. La transcripción de diálogos sostenidos entre los personajes de la historia reconstruye un momento relevante en la crónica. A su vez, pretende crear la perspectiva que con ello se apega irrestrictamente a la denominada “objetividad periodística”, pues el autor se trata de invisibilizar para dar paso únicamente a lo que dicen los personajes.

Esta tarea de reportería, por medio de la cual reconstruye la historia de Víctor Jara, es básica para comprender los pormenores de la compleja situación que tuvo que pasar la descendiente del artista. Para entrevistarla viajó hasta un pueblito de Valparaíso. En ese lugar Amanda encontró el lugar perfecto para desprenderse del estigma de ser la hija del principal mártir de la música chilena. Peña cuenta que contra todo lo esperado, ella no canta públicamente. Tampoco suele dar entrevistas ni participa de foros sobre temas de derechos humanos. El vínculo con su padre es íntimo y, cuanto más, se delata en algunas fotografías familiares que cuelgan en una pequeña pared de la casa. Ahí en su casa no hay afiches en blanco y negro del cantante, de esos que pueblan los puestos de ferias artesanales, ni reediciones de sus discos en formato digital.

Amanda tenía ocho años cuando su padre apareció muerto con 44 balazos en el cuerpo. Un mes después partió a Londres con su madre y su hermana Manuela, hija del coreógrafo Patricio Bunster, cargando maletas en las que apenas llevaban ropa: el equipaje estaba reservado para discos de vinilo, fotografías y cartas personales del músico. Amanda vive en un pueblo llamado Quintay con su pareja, un pescador nacido en este lugar. Unos días de trabajo en Santiago han bastado para que palpe la dimensión que aun hoy, a más de tres décadas del golpe, tiene su padre en la sociedad chilena.

Víctor Jara constituyó la representación de la voz popular. Explica Huneus (2011) que este artista representaba la voz del pueblo y revelaba las reacciones políticas y procesos sociales con su expresión en la canción, y, con su popularidad inmensa, trajo una gran atención a la calidad de vida de los obreros chilenos. Una lucha por la paz y la democracia y un volver al modo de vivir como compañeros humanos eran temas que predominaban en su lírica poética, en la que emplea muchos sinónimos de la tierra.

Katz (2011) sostiene, en cambio, que aunque sus canciones revelan la tristeza y miseria de un pueblo, éstas fueron un tributo a la esperanza de la justicia entre todos los seres humanos. Sus mensajes representaron los deseos de igualdad y la expansión cultural que fueron propósitos del gobierno de Allende.

Sobre cómo fueron las últimas horas de Víctor Jara, historiadores como Rojas (1988) señalan que durante el 13 de septiembre de 1973 los detenidos por la dictadura que siguió al gobierno de Allende padecieron en carne propia todo tipo de atropellos. Esa noche el cantante, de



cuarenta años, durmió con un grupo de doce personas, hundido en los tablones del estadio, como un prisionero más. El 15 de septiembre de 1973 Víctor Jara fue visto con vida por última vez cuando fue apartado de una fila de prisioneros que serían trasladados al Estadio Nacional; horas después su cuerpo fue hallado cerca del Cementerio Metropolitano junto a otros cinco cadáveres.

La forma en que Juan Cristóbal Peña prefiere culminar la crónica es apelando otra vez al diálogo. Digamos de paso que esta herramienta es esencial en este tipo de textos e impregna en el relato un sello literario y que dinamiza la lectura, porque “quien se beneficia de esta relación promiscua entre el periodismo y la literatura es el lector” (Puerta, 2011: 50).

Autores como Hollowell (1977) consideran que el uso del diálogo en un personaje es una herramienta que permitirá diferenciarlo de otro, porque si bien cada personaje se define por lo que hace, también es posible definirlo por sus palabras. Con ello el cronista no quiere mantener una distancia con la historia, sino que se adentra en ella para llevar consigo al lector y aproximarlos a los acontecimientos. Veamos cómo emplea este recurso literario el autor en el texto “La sangre de un poeta” que hemos analizado en este estudio:

A los avances en el proceso judicial se suma la decisión del gobierno de rebautizar definitivamente el Estadio Chile como Estadio Víctor Jara. Días atrás, en su casa en Quintay, Amanda comentaba que hubiese preferido otro gesto:

—El estadio me parece siniestro. Lo mejor que se puede hacer con ese lugar es echarlo abajo con una bomba y construir un parque.

Es muy probable que por el momento el Estadio Víctor Jara siga en pie. Por lo pronto, el 12 y 13 de este mes se programa ahí una ceremonia de bautizo que coincidirá con la apertura en la Fundación de una muestra permanente de fotografías, textos y discos del músico, en la que Amanda ha venido trabajando en los últimos meses. Ella no quiere una inauguración pública de la muestra; se basta de gestos privados para saldar cuentas con el pasado.

—¿Has ido a alguna “funa”? —pregunta, refiriéndose a las manifestaciones públicas de denuncia contra represores de la dictadura.

—No, ¿y tú?

—Sí, una vez fui.

—¿A la de Krassnoff?

—No, me encantaría haber ido a ésa. Igual es una cosa tan liberadora, como una limpieza para el alma.

Amanda tiene una interpretación optimista de la tragedia. A treinta años del asesinato de su padre, los vencidos, concluye, son otros.

—El Víctor tenía mucho que decir todavía, era muy talentoso, tenía siempre la palabra justa; por eso duele mucho que lo hayan matado. Pero creo que los que lo mataron



Jeovanny Moisés Benavides. *La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

cometieron un error. Son tan imbéciles que no se dieron cuenta de lo que estaban haciendo. Ahora Víctor es mucho más grande (Peña, 2007: 8).

Este diálogo final es clave para entender la dimensión de la crónica. En este texto se ha empleado este procedimiento narrativo como un recurso que da la idea de interacción entre los personajes que intervienen: narrador-personaje. En las frases se han empleado modismos y jergas para retratar a la hija de Víctor Jara de manera más íntima. Y, finalmente, queda la sensación a lo largo del relato periodístico que quienes asesinaron al poeta del pueblo chileno cometieron el error de hacerlo inmortal.

### **Jon Lee Anderson, Pinochet y la percepción de su dictadura: “Sólo fui un aspirante a dictador”**

Jon Lee Anderson es el periodista del *The New Yorker* especializado en temas de América Latina. Ha vivido en Perú, Colombia, Honduras, El Salvador, Taiwán, Corea del Sur y Reino Unido. Nació en California en 1957. Se inició como reportero en 1979 en el semanario *The Lima Times*. El texto que presentamos a continuación es una crónica en la que Jon Lee Anderson narra su encuentro con Augusto Pinochet. Se trata de la última entrevista que el dictador chileno concedió en su vida.

En agosto de 1998 Jon Lee Anderson y Augusto Pinochet se encontraron en un total de cuatro oportunidades en Santiago de Chile, en la casa de Marco Antonio, su hijo menor. Sin embargo, se pospuso la sesión fotográfica para ilustrar la historia. En realidad, la sesión debía realizarse en Santiago, pero los ayudantes militares de Pinochet lo impidieron, porque desconfiaban del cronista del *The New Yorker*. Por eso Jon Lee Anderson, que sabía por Lucía Pinochet que su padre viajaría a Londres, le propuso a Pinochet tomar las fotos durante su estadía en la capital inglesa y se comprometió a acudir personalmente a la sesión. La revista *The New Yorker* alertó sobre la presencia de Pinochet, sus enemigos se enteraron y comenzaron los trámites para detenerlo.

Al publicar la entrevista, Jon Lee Anderson comunicó a la revista que el general retirado estaba en Londres. Por eso el grupo íntimo de Pinochet lo culpan aún de su detención. La crónica además menciona que Pinochet estaba paseando por la capital inglesa y chequeándose por médicos británicos al tiempo que se fotografiaba en la suite presidencial del Hotel Dorchester. A los pocos días, Pinochet fue detenido en una clínica londinense por Scotland Yard.



La crónica de este encuentro fue publicada en 1998 en la revista *The New Yorker*. Para nuestro trabajo consideramos la versión, traducida al español, de la crónica sobre Pinochet que editorial Anagrama publicó en 2009 bajo el título *El dictador, los demonios y otras crónicas*. En el comienzo del texto “Pinochet: Sólo fui un aspirante a dictador” se deja en claro la intención de Jon Lee Anderson de provocar una serie de imágenes llenas de contrastes.

Sólo he sido un aspirante a dictador –dijo el general Augusto Pinochet–. Siempre he sido muy dado al estudio, no excepcional, pero he leído mucho, sobre todo historia. Y la historia nos enseña que los dictadores siempre acaban mal.” Dijo esto con una sonrisa irónica. El tiempo ha ablandado la expresión facial de dureza que era tradicional en Pinochet. En su cara hay ahora más sonrisas que ceños y ya no se pone las siniestras gafas oscuras que solía llevar. Ahora parece un abuelo bondadoso. La voz se le ha vuelto trémula y áspera, y se le han encanecido el pelo peinado con raya perfecta y el bigote. Ha echado barriga, lleva audífono y anda arrastrando los pies y con titubeos. En vez de uniforme militar, ahora viste traje y una corbata adornada discretamente con alfiler de perla (Anderson, 2009: 102).

Otra descripción física en la que hace énfasis este cronista es en su expresión, que siguesiendo inescrutable. Su cara es ancha, sus ojos pequeños y azul claro, su mirada fría y astuta. La sonrisa, que aparece y desaparece con la misma rapidez, acentúa las patas de gallo. Sus opiniones no parece que se hayan modificado mucho. La descripción periodístico-literaria es clave para, según Hoyos (2003), detallar las acciones de unos personajes en un lugar determinado, ya que una buena descripción no puede abstraerse del contexto. En este sentido, “la crónica tiene un pie en la realidad y otro en la literatura, vale decir un pie en el sueño y otro en la vigilia. Su lectura es como atravesar el puente que une el delirio con la vida” (Carrión, 2012: 15).

En el momento del encuentro Pinochet va a cumplir ochenta y tres años y tiene intención de justificar sus actos y limpiar su lugar en la historia. Por difícil que parezca no se considera ningún criminal ni dictador, aunque tiene varias causas pendientes, civiles y criminales, relacionadas con torturas y asesinatos. Aunque el ambiente era de enorme desconfianza, Lucía, su hija mayor, era quien trataba de que todo marchara con normalidad. Ella había convencido a su padre de dejarse entrevistar por Jon Lee Anderson, porque pensaba que si la gente conociera mejor a su padre, lo calumniaría menos. Ese primer encuentro, el cronista lo describe de esta forma:

Cuando entró en la habitación, me estrechó la mano, pero no me miró a los ojos, y cuando se sentó se quedó mirando fijamente a su hija. Lucía, ya en la cincuentena y con la cara



*Jeovanny Moisés Benavides. La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

ancha del padre, me había contado que en privado era un hombre cordial, con sentido del humor, así que le di las gracias por recibirme, sobre todo porque tenía entendido que los periodistas lo “aterrorizaban”. Al oír aquello se echó a reír; y entonces me miró. No le aterrorizaban, dijo. Era sólo que los periodistas tergiversaban siempre sus palabras (Anderson, 2009: 103).

En el texto Jon Lee Anderson se muestra proclive a hacer comparaciones. Sostiene que al igual que Franco, Pinochet es un militar ultraconservador y nacionalista católico, de personalidad mediocre, que adquirió repentino protagonismo. Los dos se impusieron recurriendo a la violencia y se sirvieron de las fuerzas de seguridad para mantenerse en el poder. Y, con el tiempo, los dos transformaron su respectiva sociedad y fortalecieron y modernizaron su economía. Pinochet sabe que se le compara a menudo con Franco (Muñoz, 2010), pero guarda silencio sobre el parecido.

Jon Lee Anderson ubica gran cantidad de información contextual. Y no es casual, porque escribe para *The New Yorker*, un medio estadounidense cuyos lectores requieren de datos adicionales para comprender la realidad latinoamericana. Por ello, esta crónica no es solo un relato del encuentro, sino que pretende perfilar la personalidad del ex dictador desde sus orígenes.

Pinochet permaneció en el poder diecisiete años. Jon Lee Anderson cuenta que mientras estuvo en el cargo fueron asesinadas o “desaparecidas” más de tres mil personas, y decenas de miles fueron encarceladas o se exiliaron. La nueva constitución, aprobada en 1980, concedía a Pinochet un mandato presidencial de ocho años, pero confiaba tanto en su popularidad que en 1988 convocó un referéndum preguntando si se le concedía otro mandato de ocho años. Se llevó una sorpresa cuando el resultado fue negativo y dos años después debió dejar el cargo.

Las excusas de Augusto Pinochet, su familia y sus más cercanos colaboradores, para realizar el asalto al Palacio de La Moneda estriban en que si no hubieran intervenido las fuerzas armadas, habría estallado inevitablemente una sangrienta guerra civil. De acuerdo con Donoso (2013), la dictadura modificó profundamente las relaciones entre el Estado y la sociedad civil debido a las políticas económicas neoliberales desarrolladas por un grupo de asesores provenientes de la Universidad de Chicago. El proyecto económico de este régimen se basó en la conformación de una democracia autoritaria, protegida, tecnocrática y funcional que criticaba constantemente la democracia liberal.

Uno de los méritos de la crónica que analizamos es que refleja el trabajo de reportería realizado. Según Odriozola (2008), existen diversas estrategias que le permiten al reportero



estructurar de forma paulatina el producto informativo. En este proceso, el periodista realiza comparaciones de los acontecimientos que cubre, intenta comprender la forma en que se producen y entonces aplica normas perfectamente identificables en el momento de reconstruirlos.

Lo que ha hecho Jon Lee Anderson previo a la tarea de escribir es revisar antecedentes para documentarse y tener así un panorama más completo de un personaje como el ex dictador chileno. De esta forma, la crónica se va configurando como una reconstrucción literaria en la que “el empeño formal domina sobre las urgencias informativas y en donde el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos o vividos de la interioridad ajena” (Monsiváis, 1993: 44). Y precisamente ese tipo de narración es el que predomina en el texto analizado.

Hacia el final del texto narra el controvertido encuentro en Londres y que significará a la postre la detención de Pinochet. La detención de Pinochet se efectuó durante la medianoche del 16 de octubre, por agentes de Scotland Yard que ingresaron a la clínica privada London Clinic donde Pinochet se encontraba internado.

El 29 de octubre Pinochet fue trasladado a un exclusivo hospital psiquiátrico al norte de Londres, bajo custodia policial, y los días siguientes se fueron sumando nuevas denuncias de familiares de asesinados, detenidos y desaparecidos, entre ellos Isabel Allende, hija del ex presidente Salvador Allende. Ellos comparecieron ante la Cámara de los Lores. Luego de múltiples peripecias judiciales, que dejaron a Pinochet libre debido a su edad, él volvió a Chile el 3 de marzo del 2000. A pesar de que intentó alejarse de la vida pública, se mantuvo en el centro de la actualidad por la infinidad de demandas presentadas en su contra por los atropellos a los derechos humanos cometidos durante su gobierno: detenciones ilícitas, apremios ilegítimos, asesinatos e incluso terrorismo de Estado. En el ocaso de su vida su obsesión era la forma en que lo iban a conmemorar las posteriores generaciones.

Le pregunté a Augusto Pinochet cómo esperaba que lo recordase la historia y respondió: “Como a un hombre que amó a su patria y la sirvió toda su vida. Tengo ya ochenta años y lo único que conozco es el deber. Espero que hagan justicia a mi memoria. Cada cual lo interpretará como quiera” (Anderson, 2009: 117).

Tras su muerte, ocurrida el 10 de diciembre de 2006, Augusto Pinochet fue velado en la Escuela Militar de Santiago, pero sin que se le rindieran honores de Estado. Los familiares de las miles de víctimas asesinadas durante su régimen sienten aún la dolorosa y frustrante sensación de que nunca encontraron justicia.



La crónica que analizamos tiene como uno de sus rasgos la forma en que está escrita. Según Kramer (2001), los autores como Jon Lee Anderson trabajan intensamente en su escritura de manera que ésta sea libre y con estilo. Por ello, el mejor lenguaje periodístico-literario también evocador. Con su forma de enunciación, esta crónica transgrede la objetividad clásica. Así, nos acerca a personajes como Pinochet para conocer sus motivaciones, sus pensamientos más íntimos; en definitiva, para brindarnos una mirada alejada de prejuicios y construir así un relato inédito sobre la dúctil, compleja y sorprendente realidad humana.

## **Conclusiones**

El periodismo construye la historia cada día y para ello apela a géneros como la crónica. La crónica sale de sus fronteras y pretende configurar la realidad en base a una mixtura entre literatura y la narrativa periodística. En este híbrido se articula un relato nuevo, un relato que busca rescatar la memoria con herramientas propias del campo de la ficción literaria.

En las historias consideradas en este trabajo los cronistas han seguido el imprevisible curso de los acontecimientos y han buscado sorprender a sus lectores con aspectos de la realidad que no se habían reparado, pero que confirman el pulso de una intuición. Particularmente, en los textos abordados se ha podido dar cuenta de cómo ese relato histórico de la dictadura chilena de Augusto Pinochet se ha configurado bajo la perspectiva periodístico-literaria de Gabriel García Márquez, Juan Cristóbal Peña y Jon Lee Anderson.

La crónica periodística contemporánea ha sido un instrumento útil para construir un conocimiento histórico, que no tendríamos si no fuera por el gran legado que han dejado destacados autores. Si bien este género tiene un carácter informativo e interpretativo, también está escrito con estilo literario. En este sentido, construye un relato diacrónico que posee como rasgo una impronta y un estilo literario de sus escritores, en este caso Gabriel García Márquez, Juan Cristóbal Peña y Jon Lee Anderson.

Antes de pertenecer al periodismo la crónica fue un género historiográfico. Es la forma original de concebir un trabajo histórico en el sentido de que se trata de la acción más elemental para explicar lo que ha sucedido. Por ello, tiene ese componente histórico que nos ayuda a entender y encontrar las claves de grandes sucesos para los cuales se intenta dar una respuesta. Es el caso de la dictadura chilena que se ha abordado.

## **Bibliografía**



- Anderson, J. (2009). *El dictador, los demonios y otras crónicas*. Anagrama: Barcelona.
- Ayén, X. (2014). *Aquellos años del boom*. Barcelona: RBA.
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bobes, M. (1992). *El diálogo. Estudio pragmático, lingüístico y literario*. Madrid: Gredos.
- Carrión, J. (2012). *Mejor que ficción*. Barcelona: Anagrama.
- Chillón, A. (1999). *Literatura y Periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, Servicio de Publicaciones.
- Donoso, (K). (2013). El apagón cultural en Chile: políticas culturales y censura en la dictadura de Pinochet 1973-1983. *Revista Outros tempos*, 10(16), pp. 104-129. Recuperado de [http://www.outrostempos.uema.br/OJS/index.php/outros\\_tempos\\_uema/article/viewFile/285/281](http://www.outrostempos.uema.br/OJS/index.php/outros_tempos_uema/article/viewFile/285/281)
- Falbo, G. (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. La Plata: Al margen.
- García Márquez, G. (1974). *Chile, el golpe de Estado y los gringos*. Bogotá: Latina.
- García Márquez, G. (2000). *Por la libre. Obra periodística 4 (1974-1995)*. Sudamericana: Buenos Aires.
- Hernández, L. (2013). Noticias en torno del Periodismo Literario. *Revista Mexicana de Comunicación*, 26(136), pp. 32-35.
- Hollowell, J. (1977). *Realidad y ficción. El Nuevo Periodismo y la novela de no ficción*. México D.F.: Noema Editores.
- Hoyos, J. (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Huneus, C. (2011). *El Régimen de Pinochet*. Santiago: Sudamericana.
- Lago, M. y Callegaro, A. (2012). *Crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social*. Berlín: Editorial Académica Española.
- Limia, M. (2010). *Relaciones entre periodismo y literatura en la obra de García Márquez: historia, mito y violencia*. (Tesis inédita de doctorado). Universidad de Santiago de Compostela, La Coruña, España.
- Monsiváis, C. (1993). *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México D.F.: Era.
- Muñoz, H. (2010). *A sombra do ditador: memórias políticas do Chile sob Pinochet*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Odrozola, J. (2008). *Información de crisis y periodismo medio ambiental: El caso Prestige en la prensa vasca*. (Tesis inédita de doctorado). Universidad del País Vasco, Leioa, España.



Jeovanny Moisés Benavides. *La dictadura en Chile: un abordaje narrativo al régimen de terror de Pinochet*

- Peña, J. (2003). La sangre de un poeta. *Revista Rolling Stone*, pp. 3-8. Recuperado de <http://www.rollingstone.com.ar/586871-la-sangre-de-un-poeta>
- Puerta, A. (2011). El periodismo narrativo o una manera de dejar huella de una sociedad en una época. *Revista Anagramas*, 9(18). pp. 47-60.
- Ricoeur, P. (1987). *Tiempo y narración 2: Configuración del tiempo en el relato de ficción*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Rojas, M. (1988). *La represión política en Chile*. Madrid: Iepala Editorial.
- Rouquié, A. (2011). *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sorela, P. (1988). *El otro García Márquez: los años difíciles*. Madrid: Mondadori.
- Valenzuela, A. (2003). *El quiebre de la Democracia en Chile*. Santiago: Ed. Universidad Diego Portales.
- Vargas Llosa, M. (1971). *Historia de un deicidio*. Barcelona: Monte Ávila.
- Wolfe, T. (1976). *El Nuevo Periodismo*. Barcelona: Anagrama.